EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIV — DECANO DE LA PRENSA LOCAL — Núm. 9662

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—**Extranjero.**—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

JUEVES 18 DE ENERO DE 1894.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

LEGIA JABONOSA

DE JOSE IGNACIO MIRABET.

TENIENDO SOSPECHAS DE QUE EN ALGUNOS ESTABLECIMIENTOS VENDEN OTRAS CLASES DE LEGIAS, TOMANDO EL NOMBRE DE LA DE MIRABET, Y A FIN DE EVITAR QUE NUESTROS CONSUMIDORES SE VEAN ENGANADOS, HE AQUÍ LOS PUNTOS DONDE ÚNICAMENTE SE EXPENDE EN CARTAGENA LA VERDADERA Y LEGITIMA LEGÍA JABONOSA DE MIRABET:

Cooperativa del Ejército y Armada, calle de Jara; D. Joaquín Ruíz, Droguería, Cuatro Santos; D. Joaquín Barceló, Puerta de Murcia; D. Tomás Seva, calle de Osuna; D José Ruíz Navarro, Comedias 5; D. José Romera, Castelini 1; Sra. Viuda é hijos de Pico, Verduras; Señora Viuda é hijos de Máximo Gutiérrez, Verduras 14; D. José Andreu, San Francisco esquina Pasas; D. Ginés García Canabate, Caballos 1; D. Antonio González, San Fernando 57; Sociedad Cooperativa del Obrero, Glorieta de San Francisco; D. Juan Roca, Cuatro Santos 18; D. José Pagán, Aire 8; D. Francisco González, Plaza de los Caballos 6; D. Diego García, Serreta 5; don Víctor Martínez, plaza del Sevillano; Don Diego García, Serreta; Don Manuel Feyedo, Martínez, Morería baja; Don Anastasio López, plaza de la Merced, esquina á la calle del Duque; Don Cecilio Cutillas, Serreta; Don Agustín Conesa, calle de Canales; Don Angel Moreno, enfrente de la Caridad; D. José María Ramón, plaza Roldán; D. Manuel Hernández D. Matías 24; D Pedro Sarabia, Carmen 34; D. Manuel Martínez, plaza del Rey 3; D. José Gómez é hijos, Puerta de Murcia; D. Juan Cecilia, Angel 40; D. Ginés Sánchez, Jara 26; D. Tomás García, Caridad 4; D. José León Costa, Duque esquina á la plaza de San Leandro; D. Anastasio López, calle de la Palma, Doña Josefa Luci, Caridad, 9, panadería.

Para más informes dirigirse al único representante en las provincias de Albacete, Murcia, Alicante y Almería, D. Fernando Giménez de Berenguer, calle de Martín Delgado, 9, pral. Cartagena.

NOVEDADES

EN EL

MUSEO COMERCIAL.

Romanas privilegiadas empezando por cero. Gran precisión.—**Hornillos** para planchadoras, sastres y sombrereros para calentar 6 planchas simultáneamente y sirve á la vez de cocina.—**Catres** de campaña con somier que pueden trasportarse fácilmente —**Cocinas** con horno muy económicas.—**Mosáicos** de madera para sustituir el alfombrado.—**Estufas** Chouberki nuevo modelo.—**Gas y electricidad.**—Aparatos para el alumbrado.—Lámparas para salón y gabinete alta novedad.

PASAJE DE CONESA.—PUERTA DE MURCIA

RECOMPENSAS.

(COLABORACION INEDITA.)

Los periódicos con sus cien lenguas tan fáciles á la glorificación inoportuna, como á la calumnia inconsciente, habian anunciado que el ministro de la Guerra preparaba la concesión de recompensas á los héroes de aquella jornada memorable en la que la patria había puesto sus esperanzas, sus orgullos, sus hijos y su dinero.

La labor tenía que ser larga, porque era difícil. El propio mérito, la recomendación valiosa, el lustre del apellido... ¡eran tantas las circunstancias á que tenía que atender el ministro para premiar á los buenos, poniendo su firma al pie de la disposición laudatoria ó de la concesión de la cruz y del ascenso, que por mucho que era el tiempo transcurrido, mucho para los que esperaban, poco parecíale al ministro abrumado por las razones expresadas!

Por fin, los mismos periódicos que habian anunciado las recompensas, publicaron la lista... ¡Fue aquel un gran dia para los agraciados!

***

La larga extensa relación fue devorada, que no leida, por el teniente *Pararrayos*, como por sobrenombre le llamaban sus camaradas de milicia. Por fin dió con su nombre en la lista extensa. El juicio contradictorio habia sido tan favorable, que ni los altos cuerpos consultivos ni el mismo ministro de la Guerra habían encontrado tacha en el expediente de la concesión, para la cruz laureada de San Fernando que es el más preciado símbolo y la más anhelada recompensa del heroismo de los militares.

***

La verdad es que habia sido gloriosísimo el hecho arma de armas. El enemigo se habia apoderado de una trinchera, y *Pararrayos*, ardiendo en coraje, dijo á los soldados de su compañía, en un alarde de elocuencia expontánea, porque él entendia que la oratoria no sirve para las batallas:

—Muchachos. Esta posición que perdemos es nuestro hogar en campaña. ¿Dejariais que vuestro hogar fuese arrasado por hordas salvajes, enemigos de nuestra patria y de nuestro Dios? ¡Nunca! España os mira en este momento y está ansiosa de coronaros con el laurel del triunfo. En esos rayos de sol vienen los destellos de miradas amorosas que desde España os envian vuestras novias y vuestras madres. Haceos con vuestro heroísmo dignos de seguir siendo españoles y valientes, que son los dos títulos que más enorgullecen al soldado. Perdimos la trinchera; vamos á recuperarla con nuestra sangre y con nuestro esfuerzo. «¡Adelante muchachos!»

***

Y el teniente *Pararrayos* se precipitó á la trinchera con coraje inaudito. Pero no le siguió nadie, nadie más que su asistente, el lealísimo Pedro, que fue por delante.. El enemigo ante la brusca acometida de aquellos dos héroes, vaciló un momento, procuró defenderse luego y por último dejó la trinchera en poder del teniente valeroso, á cuyos pies, aun caliente, estaba el cadáver de su asistente que había recibido unos cuantos balazos y algunas mortales heridas de arma blanca...

***

Pasaron años. El nombre del teniente *Pararrayos* fue perdiéndose poco á poco, por la sustitución de otro nombre. Aquel oficial laureado llegó á ser el general de división Sr. Martínez. Al cabo de mucho tiempo, los periódicos volvieron á recordar al teniente famoso por el siguiente hecho,—que así referían:

«En el cementerio del obscuro pueblo de... apareció ayer, sobre una lápida cubierta de hierba, una hermosa corona de siemprevivas, cuyas anchas cintas tenian esta dedicatoria:

«Al lealísimo asistente Pedro,
verdadero héroe de la toma de las trincheras,
su agradecido teniente
Pararrayos.»

«Dentro de la corona, estaba colocada la cruz de San Fernando.»

CALIXTO BALLESTEROS.

TIJERETAZOS

Dice *El Globo*:

«Hoy comenzará en Melilla el embarque de cuarenta cañones y del material de guerra inútil.»

¡Inútil!

¿Es que se había llevado á Melilla marial inútil?

¿Y se puede saber con qué objeto?

—

El diputado proteccionista Mr. Tanel ha manifestado que interpelará al gobierno francés sobre la depreciación de los vinos.

O lo que es lo mismo, contra los vinos españoles, que es contra lo que van los proteccionistas franceses.

—

En Liorna, junto á un círculo político ha sido encontrada una bomba con la mecha sin encender.

Dentro de un tren español se ha encontrado otra bomba, también con la mecha apagada.

Vamos enmendándonos.

O van enmendándose los anarquistas.

—

En la calle del Cuarte de Valencia, han reñido dos jóvenes por quien tenia mejores armas.

Uno de ellos mató de un tiro en el corazón á su contrario.

La prueba no puede ser más bárbara ni más completa.

Ahora irá el agresor á presidio; pero lleno de satisfacción por tener buenas armas.

—

En la actualidad se encuentra enfermo y preso en la cárcel el autor de *Torear por lo fino* D. Francisco Macano.

Este desdichado que se encuentra en la indigencia, ha tenido que recurrir á pedir limosna y ha sido detenido por indocumentado, por la guardia civil.

¡Buen final el del pobre escritor!

Pedir limosna, ir á la cárcel por equivocación y morir en un hospital.

Y mientras, la gente aplaude *Torear por lo fino* y la obra da dinero.

Pero no para el autor.

—

Dice *El Liberal* que lo que más importa en estos momentos es, buscar remedio á la cuestión del hambre que se nos viene encima.

Es verdad.

A muchos les ha cogido ya de medio á medio y tienen hambre para sí y para dar á los otros.

Y sin embargo, el remedio no se busca y esperamos que la ola suba y nos trague.

Que es lo que ocurrirá si permanecemos con los brazos cruzados.

—

Los moros ya van entrando en el buen camino.

Tres correos que iban de Casa Blanca á Tánger han sido robados por el camino de Rabat.

Uno de los correos era español, otro francés y el tercero inglés.

¡Hasta con los ingleses!

NOTAS

Dice *El Liberal* que el castigo impues-

Algunos de aquellos encarnizados enemigos habian tenido la audacia de abandonarse á la corriente, esperando enseguida poder ganar la punta de la isla á cuyos lados estaban las dos formidables cataratas, y poder apagar su sed de venganza sacrificando á sus víctimas.

En el momento en que el cazador cesaba de hablar, cuatro de entre ellos mostraban su cabeza por encima de algunos troncos de árboles que la corriente habia arrastrado, y que estando detenidos en la punta de la isla habían quizá sugerido á los salvajes la idea de su peligrosa empresa. Otro estaba un poco más lejos, pero no había podido resistir á la corriente; hacía vanos esfuerzos para ganar la dirección de la isla, y de cuando en cuando tendía un brazo á sus compañeros como para pedirles auxilio: sus ojos parecían saltar de las órbitas: por último la violencia del agua lo arrolló, y lo precipitó en el abismo: un alarido de desesperación pareció salir del fondo de la sima, y allí se hundió para siempre.

Un impulso de natural generosidad obligó á Duncan á hacer un movimiento, para ver si era posible socorrer á aquel hombre que perecía, pero se sintió detenido por la mano de su compañero.

—Que vais á hacer? le preguntó éste en voz baja pero firme, quereis atraer sobre nosotros una muerte inevitable enseñando á los Mingos en que sitio estamos?

Es una carga de pólvora ahorrada, y las municiones nos son tan precisas, como la respiración al gamo perseguido. Poned otro cebo á vuestras pistolas, por que la humedad de la catarata puede haberse comunicado á la pólvora, y preparaos á un combate cuerpo á cuerpo en cuanto yo dispare mi fusil.

Al terminar de hablar puso un dedo en su boca, y produjo un silbido prolongado, al cual contestaron del otro lado del peñasco en que estaban colocados los dos Mohicanos. Aquel silbido hizo levantar las cabezas de los nadadores, que trataban de indagar de donde había partido, pero desaparecieron enseguida. En el mismo momento un ligero ruido que el mayor sintió detrás de sí le hizo volver la cabeza, y vió á Uncas que arrastrándose llegaba á su lado.

Ojo de Halcón le dijo algunas palabras en delaware, y el jóven ocupó el puesto que se le indicó, con una admirable prudencia y una sangre fria imperturbable. Heyward sentía la excitación de la impaciencia, pero el cazador en aquel momento crítico creyó poder dar todavía algunas lecciones á sus jóvenes compañeros sobre las armas de fuego.

—De todas las armas, dijo, el fusil de cañón largo bien templado, es la mas peligrosa cuando se halla en buenas manos, si bien exige un brazo vigoroso, un golpe de vista exacto, y una carga bien medida, para prestar todos los servicios que de él se pueden

cobrando al fin el uso de su mano derecha, hundió el arma acerada en el corazón de su enemigo, que cayó sin vida á sus pies.

Durante este tiempo, Heyward tenía que sostener una lucha aún más peligrosa. Desde su primera acometida, su espada había sido hecha pedazos por un golpe del terrible cuchillo de su contrario, y como no tenia ninguna otra arma defensiva, no podía ya contar más que con su fuerza y con la resolución que la desesperación dá. Pero tenía que habérselas con un antagonista que no carecia de vigor ni de valor. Dichosamente consiguió desarmarlo: su cuchillo cayó sobre la roca, y desde aquel momento ya no se trataba más que de ver cual de los dos conseguiría despeñar al otro. Cada esfuerzo que hacían, los aproximaba al borde del abismo, y Duncan vió que habia llegado el momento en que era necesario desplegar todas sus fuerzas para salir vencedor de aquel combate. Pero el salvaje era igualmente temible, y no estaban más que á dos pasos del precipicio, al pie del cual se encontraba el abismo en que se hundían las aguas del río. Heyward tenía la garganta apretada por la mano de su adversario, veía en sus labios una sonrisa feroz que parecía anunciar que consentía en perecer si podía arrastrar en su ruina á su enemigo, sentía su cuerpo ceder poco á poco á una fuerza muscular superior, y